



INTRODUCCION

El estado de Puebla, situado en la meseta central al sureste de la ciudad de México, ha jugado un papel importante en la historia del país desde la era precolombina. Primero como un centro de población aborigen y religioso y después como el área de colonización española más importante fuera del valle de México. Puebla se desarrolló como una base industrial y agrícola significativa y jugó un papel militar y comercial debido a su ubicación en la ruta principal entre la ciudad de México y el puerto de Veracruz, en el Golfo. Así, los numerosos ejércitos y grupos políticos que lucharon por el dominio del país en las décadas que siguieron a la independencia de 1821 se centraron en Puebla, ya que el control de este estado significaba el acceso al poder en la ciudad de México y de ahí, al dominio total sobre la populosa e importante región central de la nación. Por lo tanto, el férreo control del estado fue un factor dominante durante el gobierno del dictador Porfirio Díaz en México, que duró más de treinta años (1876-80 y 1884-1911). En consecuencia, el estado se convirtió en objetivo primordial de los revolucionarios en 1910-1911, quienes lo arrancaron del control del dictador. Para el nuevo caudillo, Francisco I. Madero, el estado también tenía un significado estratégico, pero Madero jamás pudo consolidar su poder en Puebla debido al fraccionamiento y desintegración de su movimiento revolucionario. En vez de servir de baluarte de estabilidad, como lo había sido para Díaz, el estado ayudó a desencadenar la rápida caída de Madero, menos de dos años después de haber derrocado a su predecesor.

El presente trabajo examinará el papel jugado por Madero, primero como líder político y revolucionario de la oposición y finalmente como el presidente que formó su movimiento en el estado de Puebla, 1909-1913, y lo condujo tanto a un éxito casi instantáneo como a una derrota de similar rapidez. La naturaleza del movimiento de Puebla y sus miembros será también estudiada con el objeto de explicar cómo su

conformación y dinámica hicieron posible tal movimiento, al mismo tiempo tan débil y de corta duración. Finalmente, analizando el caso de Puebla, este estudio pretende arrojar un poco de luz sobre el proceso de la lucha revolucionaria a nivel local y ayudar a explicar mejor cómo, por qué y con qué resultados, el pueblo mexicano escogió resolver sus urgentes problemas políticos y socioeconómicos mediante el uso de la fuerza, comenzando así el evento más importante y de consecuencias más serias en el México del siglo XX.

Geográficamente, Puebla consiste en alrededor de 24 261.200 kilómetros cuadrados (aproximadamente el tamaño conjunto de los estados norteamericanos de Connecticut y Massachusetts), divididos en tres regiones principales. El norte o sierra lo forman la meseta alta y montañas con una precipitación que va de condiciones desérticas a fuertes lluvias en la parte más septentrional y occidental, donde el descenso del agua hacia el mar ha creado profundos valles. El centro, rodeado por cuatro volcanes con alturas superiores a los 5 000 metros, consiste en suaves llanos cortados por bajas y ásperas montañas.

Esta región contiene la más alta densidad de población en el estado, además de su capital, la ciudad de Puebla. El sur, a una altura promedio de 2 000 metros, es más cálido y generalmente más seco; se caracteriza por tener montañas áridas y cuencas fluviales donde la cosecha dominante es la caña de azúcar. El estado tiene un clima suave con estaciones lluviosas (mayo a octubre) y secas, claramente distinguibles. En 1910 tenía una población de un millón cien mil habitantes, de los cuales un 10% residía en la capital.¹

A pesar de la diversidad y riqueza de Puebla, no todo iba bien durante la primera década del siglo XX. Los años del Porfiriato habían traído una calma relativa y un crecimiento económico, pero los frutos de estos éxitos beneficiaban en forma creciente sólo a una pequeña élite nacional y extranjera, mientras la mayoría de los poblanos se veían más y más marginados. Incluso algunos sectores de la clase media, aunque económicamente más solventes, resentían el cerrado sistema político y social de aquellos años. Después de 1907 se produjo una seria crisis económica internacional, causada por la sobreexpansión, competencia en aumento y retracción de crédito por parte de EU que, añadida a los problemas del estado, echó por tierra la confianza de la comunidad industrial y agrícola mexicana, creando un creciente sector de hacendados, empresarios y comerciantes descontentos, quienes comenzaron a manejar la idea de remplazar al anciano dictador Díaz.

¹ Ambrosio Nieto, *Geografía y cartografía del estado de Puebla*, pp. 11-24; Enrique Juan Palacios, *Puebla: su territorio y sus habitantes*, t. 1, p. 281.

Industrialmente, el estado de Puebla estaba en quinto lugar de importancia en el contexto nacional, con casi un 8% de la producción total del país. El estado se jactaba entonces de una buena producción de tabaco, azúcar y plantas de energía eléctrica; pero la más importante de sus industrias era sin duda la fabricación de textiles, que en 1910 representaba un tercio de la producción nacional de hilos y paños con más de cuarenta fábricas que empleaban alrededor de ocho mil trabajadores. La sobreexpansión en la industria textil durante los últimos años del porfiriato trajo como consecuencia no sólo la disminución de ganancias para los empresarios, sino también inseguridad y tiempos arduos para los obreros. Esta situación se agudizó especialmente a partir del año 1907, cuando todo México cayó en una depresión económica. Las fábricas cerraron sus puertas y trabajadores de los molinos fueron despedidos o se les redujeron las horas de trabajo. Surgieron huelgas en varias fábricas y las autoridades las reprimieron mediante el uso de la fuerza y de ‘rompehuelgas’. Mientras tanto, la inflación y el desempleo causaba una seria baja en los salarios reales de los trabajadores.²

En las áreas rurales del estado, donde vivía un 84% de la población, las condiciones de vida para la inmensa mayoría de los campesinos no era mejor que en la industria. La monopolización de la tierra a costa de las pequeñas tenencias comunitarias había privado a la mayoría de estos trabajadores de sus tierras, obligándolos a trabajar en las casi cuatrocientas haciendas del estado. Mientras el sistema de peonaje por deuda mantuvo a los campesinos atados al gran latifundio, éstos pudieron por lo menos disfrutar de cierta seguridad comparados a los trabajadores temporales, cuyos dieciocho a treintaisiete centavos al día apenas si podían mantenerlo a él y su familia, aun cuando tuviera trabajo permanente, cosa que raramente ocurría. A partir de 1900, el crecimiento de la competencia en la producción de azúcar, proveniente de otras plantaciones domésticas, obligó a los dueños de plantaciones a expandir y mecanizar sus industrias, adquiriendo así más tierra, reduciendo plantillas y estrangulando a los pequeños productores. Este proceso creó un creciente descontento en la población y forzó a muchos a emigrar a las

² CPD, Pascual Mendoza a Porfirio Díaz, 23-XII-1909, 265: 18990; Nicolás Meléndez, *Memoria instructiva y documentada que el jefe del departamento ejecutivo del estado presenta al XXI congreso constitucional en el periodo de 1909-1910*, pp. 179-80; Daniel Cosío Villegas, ed., *Historia moderna de México*, t. 7, pp. 340-41; *Puebla a través de los siglos*, p. 139; Rodney Anderson, *Mexican workers and the politics of revolution, 1906-1911*, p. 104; *El País*, 14, 15, 19-V-1909; *Diario del Hogar*, 23-I-1909. Los precios subieron casi 350% entre 1900 y 1910 mientras los salarios se estancaron en todo el país; véase *Estadísticas económicas del porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, p. 13.

ciudades donde llegaron a formar una reserva barata de trabajadores desempleados para la industria.³

No sólo se deterioraron las condiciones económicas y de trabajo para la mayoría de los ciudadanos del estado, sintiéndose con ello defraudados con respecto al gobierno, sino que también las estadísticas sobre educación, salud y vivienda para la década en cuestión, muestran un estado con graves deficiencias en bienestar social que no hicieron más que deteriorar la situación de la población. Por ejemplo, en 1900 el 76% de la población mayor de doce años era analfabeta; en 1903, alrededor de 855 000 personas (un 84% de la población) carecía de educación primaria y apenas un 4% del presupuesto del estado estaba destinado a este renglón. Enfermedades tales como la viruela, tuberculosis y pulmonía eran las causantes de un alto número de fallecimientos; en 1900, el índice de mortalidad infantil era de 492 por cada mil niños. Finalmente, el censo de 1903 demostró que de las 215 000 viviendas en Puebla tres cuartas partes eran consideradas chozas.⁴

La situación financiera del estado, nunca muy solvente, se debilitó por la depresión económica, el empobrecimiento de sus ciudadanos, la existencia de proyectos de obras públicas en gran escala y la corrupción de funcionarios locales y del Estado. Los esfuerzos para crear mayores ingresos a través de la recolección más estricta de los impuestos a personas y negocios, que ya eran bastante onerosos, además de elevar los impuestos a la propiedad, no hicieron más que enajenar a la gente, a menudo forzándolos a quebrar sus negocios o abandonar sus casas.⁵

El responsable del estado durante la última década del porfiriato fue el gobernador Mucio P. Martínez. Hombre leal a Díaz, le había servido

³ Cosío Villegas, *Historia...*, t. 4, p. 210; Meléndez, *Memoria 21o.*, pp. 186-87; John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, pp. 47-48; Friedrich Katz, *Labor conditions on haciendas in Porfirian Mexico: Some trends and tendencies*, pp. 28-29; Hans-Günther Mertens, *La situación económica de peones de campo en una hacienda del Valle de Atláxco a fines del porfiriato*, pp. 85-89; Porfirio del Castillo, *Puebla y Tlaxcala en los días de la revolución*, pp. 16-17; Ricardo García Granados, *Historia de México desde la restauración de la república en 1867 hasta la caída de Huerta*, t. 4, p. 185. He usado la cifra de 5 000 habitantes para dividir rural de urbano; 72.5% de la población del estado vivió en comunidades de menos de 2 500 personas y sólo cinco ciudades tenían más de 5 000 habitantes; véase *Estadísticas...*, pp. 28-29.

⁴ Cosío Villegas, *Historia...*, t. 4, pp. 48, 59, 67, 674-75; José C. Valadés, *El porfirismo: historia de un régimen. El crecimiento*, t. 2, pp. 110, 123, 227; Anselmo Marino Flores, *Los problemas sociales de México en 1900 y 1950*, p. 179.

⁵ Meléndez, *Memoria, 21o.*, pp. 112, 115; Valadés, *El porfirismo*, t. 1, p. 34; *El Constitucional*, 29-X-1910.

primero como oficial del ejército tanto en la recaptura de Puebla de manos de los franceses en 1867 como en la rebelión de Tuxtepec de 1876, que llevó a Díaz al poder, y después como gobernador desde 1892 hasta 1911.⁶

Descrito por contemporáneos e historiadores como arbitrario, corrupto, duro e impopular, Martínez sirvió al dictador manteniendo un estricto control sobre su estado. Díaz, sabedor de la mano dura de su subordinado, mantenía estrecha vigilancia sobre Martínez. Las protestas enviadas por los poblanos a Díaz requerían detalladas explicaciones de Martínez. El presidente también se apoyaba en informes enviados por otros funcionarios, especialmente el gobernador del vecino estado de Tlaxcala y comandante de la zona federal, general Luis G. Valle.⁷

Martínez, por su parte, tenía su propia corte de subordinados en quienes se apoyaba para mantener control sobre el estado. Dentro de los más importantes de estos funcionarios estaban los jefes de las fuerzas regulares y rurales del estado, el jefe de la policía de la ciudad de Puebla y presidente municipal y los importantísimos jefes políticos.

El gobernador se ganó la incuestionable lealtad y apoyo de estos funcionarios mediante su habilidad para otorgar lucrativas concesiones. A cambio de su fidelidad a Díaz, Martínez recibió no sólo el poder y prestigio de su cargo, sino también la oportunidad de hacerse rico. Por su parte, Martínez otorgó los mismos beneficios a quienes le eran leales. La cadena jerárquica de mando desde Díaz, pasando por Martínez hasta los funcionarios de bajo mando del estado, quedaba así reforzada por la posibilidad de ganancias materiales, legales o de otro tipo. El sueldo de doce mil pesos anuales de Martínez no era sino una fracción de sus ingresos por año. El gobernador poseía una serie de casas ilegales de juego y varias haciendas; controlaba los monopolios de la carne y el pulque al mismo tiempo que cobraba por entregar estas concesiones a otras personas (incluyendo a su hijo). Martínez y sus asociados ganaron grandes sumas de dinero en "comisiones" relacionadas con la construcción de obras públicas en el estado. Incluso se dice que al dejar su puesto, se llevó 890 000 pesos de las arcas fiscales del estado. Los martinis-

⁶ José María Mendoza, *Biografía de algunos ciudadanos ilustres de Puebla*, pp. 11-14.

⁷ Cosío Villegas, *Historia*. . . t. 9, pp. 449, 493; Carlton Beals, *Porfirio Díaz, 18-IV-1911*, 282:7161; CPD, Juan N. Pacheco y Sebastián Rocha a Díaz, 8-10-VIII-1911, 1150:41. Hohler, el ministro británico a México, en referencia al arresto de Martínez en el verano de 1911 por la conspiración: "Martínez. . . ha sido encarcelado, no por los muchos crímenes que cometió durante su gubernatura, que son evidentemente bastante numerosos y graves para merecer cualquier castigo. . ."

tas prosperaron muy bien a costa de los dineros de la ciudad y del estado.⁸

Además de su red de funcionarios locales y estatales, Martínez podía también recurrir a una organización militar escalonada para asegurar el control y reprimir a sus oponentes. Las fuerzas del estado consistían en el Batallón Zaragoza, de trescientos hombres, y un pequeño contingente de tropas rurales. Estas podían ser aumentadas con la milicia autóctona de la sierra norte, llamada "voluntarios", pero que en realidad estaba bajo el control de poderosos caciques tales como Juan Francisco Lucas. El ejército federal constaba de alrededor de trescientos soldados en la séptima zona militar (los estados de Guerrero, Puebla y Tlaxcala), y parte de los cuerpos rurales federales primero y noveno estaban esparcidos por el estado. El número total de tropas, excluyendo la milicia, era de cerca de setecientos en 1910. Considerando el tamaño, la población y la topografía variada del estado, ese total era más bien pequeño y reflejaba la habilidad del régimen de Martínez para mantener la ley y el orden con un mínimo de coerción abierta.⁹

Para facilitar la labor de control militar sobre los 21 distritos y 183 municipalidades del estado, existía un sistema de comunicación y transporte bastante desarrollado. Ya en 1910 cinco líneas férreas servían al estado, mientras que la red de telégrafos unía a la mayoría de los pueblos. Muchos de éstos tenían incluso conexión telefónica con sus respectivas cabeceras y capitales de distrito, al tiempo que la ciudad de Puebla tenía contacto telefónico con varias de estas capitales distritales. El contacto con la ciudad de México se hacía mediante el telégrafo,

⁸ AGM, José Rafael Isunza a Francisco León de la Barra, 26-V-1911, 1:2-Y:750; AGM, Martínez a León de la Barra, 2-VI-1911, 7:M-1:39; CPD, Isunza a Díaz, 18-IV-1911, 281:7161; CPD, Juan N. Pacheco y Sebastián Rocha a Díaz, 8-III-1911, 281:5064; *Diario del Hogar*, 19-II-1912; *Presupuesto general de ingresos y egresos del estado para el año de 1910*, p. 9; Crispín Ramos, *Documentos relativos a la acusación presentada ante el honorable congreso del estado por el exgobernador señor general Mucio Martínez, passim*; Del castillo, *Puebla. . .*, pp. 16, 88; Beals, *Porfirio Díaz*, pp. 376-77 dice que Martínez acumuló más de 4 millones de pesos mientras era gobernador.

⁹ RDS/59, William S. Chambers a Arnold Shanklin, 17-IV-1911, 12:1101; *El Imparcial*, 17-XII-1910; *El País*, 4-XII-1910; Lucio Tapia y Krumm Heller, *Trilogía heroica: historia condensada del último movimiento libertario en México*, p. 9; Paul Joseph Vanderwood, *The rurales: Mexico's rural police force, 1861-1914*, pp. 339-41; Paul J. Vanderwood, *Disorder and progress: Bandits, police and Mexican development*, pp. 120-124; Rómulo Velasco Ceballos, *Aquiles Serdán: episodios de la revolución de 1910*, p. 12.

correo ordinario o por ferrocarril, el Interoceánico o el Mexicano, cuyo trayecto duraba diez horas.¹⁰

Varios eran los medios que Martínez utilizaba para silenciar a sus adversarios. Los críticos de la prensa eran encarcelados o expulsados del estado o, como en el caso de José Olmos y Contreras, el osado director de *La Voz de la Verdad*, asesinados a navajazos por asaltantes desconocidos en una calle de Puebla. Líderes sindicales recalcitrantes se encontraban cumpliendo servicios involuntarios en el ejército, mientras que competidores comerciales como el cafetalero de Cuetzalán, Agustín Azpiroz, se enfrentaban a la ira de los funcionarios martinistas locales, quienes los enviaban a la cárcel. Amigos íntimos de Martínez, asqueados de sus duras acciones, renunciaban a sus cargos o, como en el caso de su secretario privado Armando Llevera, eran eliminados, en este caso por envenenamiento, para proteger el régimen.¹¹

Opositores individuales al régimen no creaban graves amenazas y podían, por lo tanto, ser silenciados de varias maneras sin que éstas provocaran repercusiones peligrosas. Sin embargo, Martínez no toleraba una oposición política organizada, especialmente en las explosivas áreas rurales, donde discrepancias sobre el caciquismo, funcionarios locales, tierras e impuestos, creaban el ambiente idóneo para un conflicto. La actuación del gobernador en uno de estos incidentes atrajo la atención nacional debido a su dureza, pues había otorgado munición a sus enemigos en momentos en que los movimientos de oposición política se estaban organizando para enfrentar a Díaz en las elecciones del año siguiente. En la comunidad de Tehuitzingo, al sudoeste del estado (que más tarde se convertiría en el corazón del territorio zapatista en el estado), una elección municipal alterada provocó una rebelión en contra de los líderes del pueblo, lo que dejó un saldo de varios protestantes muertos o heridos. Más tarde, tropas bajo el mando del jefe político fusilaron sumariamente a varias personas sospechosas de ser los organizadores, mientras otros eran encarcelados o enrolados en el ejército. Martínez pidió a Díaz que la Corte Suprema no otorgara amparo a ninguno de los encarcelados y comentó que al enviarlos a la costa (a la cárcel de San Juan de Ulúa en el puerto de Veracruz o a Yucatán),

¹⁰ Luis Casarrubias Ibarra, *Mi patria chica: curso elemental de geografía del estado de Puebla*, pp. 26-28; Enrique Cordero y Torres, *Historia compendiada del estado de Puebla, 1531-1963*, t. 3, pp. 86-89; *Puebla a través...*, p. 141; Palacios, *Puebla...*, t. 1, p. 246; *Nueva Era*, 6-II-1912.

¹¹ AGM, Azpiroz a León de la Barra, 1-IX-1911, 5:A-4:355; Cosío Villegas, *Historia...*, t. 9, pp. 545-46, 733; Miguel Ángel Peral, *Diccionario histórico, biográfico y geográfico del estado de Puebla*, p. 67; *Demócrata*, 19-VII-1911.

“cualquiera que sea la suerte que les quepa, purguen la grave falta comedita”.¹²

Retrospectivamente, la rebelión de Tehuiztzingo fue el acto inaugural de un drama que habría de durar cuatro años en que la población de Puebla (principalmente los sectores bajos y algunos de la clase media), en su descontento, seguiría el liderazgo de Francisco I. Madero en un esfuerzo por cambiar la estructura política y, para muchos, la estructura socioeconómica del estado.

Madero, excéntrico, idealista, hijo de empresarios ricos del estado de Coahuila, educado en el extranjero, tuvo la osadía de desafiar a Díaz en las elecciones presidenciales de 1910 cuando el anciano dictador dio a entender en 1908 que estaría dispuesto a renunciar y a permitir elecciones abiertas. Madero, casi sin ayuda, logró fundar su movimiento. En su manifiesto político, *La sucesión presidencial en 1910*, delineó su petición de reformas políticas incluyendo libertad de sufragio, la no reelección de altos funcionarios públicos y la rotación de cargos. El interés despertado por este manifiesto, sumado al tesón y los poderes de persuasión de su autor, llevaron a la formación del Centro Antirreleccionista de México, en la ciudad de México, en mayo de 1909. Desde ahí, con la ayuda del presidente del centro, Emilio Vázquez Gómez y otros tales como Toribio Esquivel Obregón, Filomeno Mata, José Vasconcelos, Félix F. Palavicini y Paulino Martínez, Madero se dedicó a establecer contacto con clubes políticos aliados en otras localidades de la nación.¹³

En Puebla, los esfuerzos organizativos de Madero fueron bien recibidos. Con la ayuda invaluable de Aquiles Serdán, hijo de una empobrecida y perseguida familia de la clase media, el movimiento creció rápidamente y se convirtió en una fuerza potencialmente formidable, a pesar de las divisiones internas creadas por desacuerdo en las tácticas y el tibio apoyo de elementos moderados de la clase media, quienes se unieron a Madero sólo después de la urgente insistencia de éste.

El pacífico movimiento político de 1909 y principios de 1910 se convirtió en un movimiento revolucionario a raíz del arresto de Madero, la farsa de las elecciones de 1910 y la brutal represión de los seguidores de Madero en Puebla. A pesar de la muerte de Serdán al comienzo de la

¹² CPD, Martínez a Díaz, 23-III-1909, 257:3339; Luis Cabrera, *Obras políticas del Lic. Blas Urrea*, p. 356; *Diario del Hogar*, 24-III-1910; *El Antirreleccionista*, 13, 27-VI-1909. Para ejemplos de quejas sobre las condiciones rurales en 1909 y 1910, véase *El País*, 29-IV-14-VI-1909 y CPD, 1910, 270:5924, 5933, 5954, 271:7725, 275:14512, 276:16289, 365:5369.

¹³ Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, *passim*.

revolución y de la retirada del apoyo a la actividad revolucionaria de los sectores moderados, los esfuerzos violentos para derrocar el viejo régimen tuvieron éxito en mayo de 1911, principalmente debido a la lealtad y sacrificio de luchadores radicalizados de las clases baja y media, quienes contaban con el apoyo de la mayoría de la población del estado.

Sin embargo, la caída de la dictadura no dio por resultado el control radical del gobierno del estado, ya que Madero puso en lugares claves a elementos moderados. Estos funcionarios no sólo rehusaron implementar las reformas radicales que pedían los triunfadores, sino que intentaron desarmar y romper el poder político y militar de los insurgentes.

El explícito estímulo y la cooperación otorgada por Madero a su sector moderado lo separó gravemente de sus numerosos seguidores radicales. En efecto, a medida que la izquierda presionaba más y más hacia reformas de tipo socioeconómico y político, los moderados, que sentían disgusto y temor por los insurgentes, formados en su mayoría por la clase baja, se ubicaron en la derecha política, aislando así a Madero, quien en vano intentaba cerrar la brecha entre sus seguidores con ingenuos llamados a la reconciliación. La debilitación del movimiento de Madero y el creciente conservadurismo de muchos de sus miembros estimuló a la derecha porfiriana a conspirar y alzarse en armas contra el gobierno del estado.

Al momento de asumir la presidencia en noviembre de 1911, Madero había perdido bastante popularidad y sólo poseía un tenue control sobre su movimiento que se fraccionaba rápidamente. La designación de un gobernador, contraria a los deseos del ala vazquista de sus seguidores, melló aún más su prestigio. Los quince meses de la administración de Madero no fueron más que una administración en crisis, ya que los debilitados y conflictivos maderistas en Puebla gastaban todas sus energías enfrentándose a cada problema por separado, sin planificar hacia adelante o llevar a cabo reformas significativas. En efecto, a medida que el gobierno no lograba solucionar adecuadamente los problemas de bandidismo, disputas electorales, crisis financieras, intervención extranjera, invasiones de tierra, huelgas y violencia armada, su reserva de apoyo restante declinaba paulatinamente al buscar, numerosos grupos de maderistas, alternativas al caos. En febrero de 1913, cuando Madero fue derrocado por el golpe de estado de Félix Díaz y Victoriano Huerta, su movimiento en Puebla estaba quebrado y era incapaz de ofrecer algún apoyo significativo a su sitiado líder.

El movimiento maderista derrocó al régimen anterior, pero no pudo mantener y consolidar su poder debido a que el liderazgo rehusó ocu-

parse seriamente de las necesidades y deseos de ese pueblo que hizo el movimiento y su triunfo posible. El experimento de Madero en la democracia política demostró tener una falla fundamental al no incluir estos elementos en una coalición factible, donde ellos hubieran podido compartir genuinamente el poder político y ayudar a decidir su futuro y el de México. El abandono de Madero a aquellos que formaron la base de su movimiento selló la suerte de su gobierno y contribuyó a la continuación de la violenta lucha en México por el resto de la década.